

LOS ESTUDIOS GENERALES AYER Y HOY

Luis Arconada Merino

El autor es profesor jubilado de L.U.Z. y actual Decano de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Cecilio Acosta.

Es esta la primera vez que en el exordio de un ensayo tengo que llamarme intruso, puesto que no vengo llamado por nadie que no sea la atrevida fuerza proselitista de una idea de cuya bondad estoy prendado y que me reclama obedecer al principio de que si el bien es difusivo de sí mismo, se debe, con todo, colaborar para facilitarle la más pronta y útil difusión. El resultado de mi ensayo dará pie para que me llamen iluso o acertado.

Ocurre que el tema obligado de los Estudios Generales en el proceso histórico de las universidades, materia de mi curso de post-grado, ha hecho inevitable la referencia y el cotejo o comparación con los actuales Estudios Generales de nuestra universidad. Pero... la comparación, podrá advertírseme, y con razón, exige el conocimiento cabal de los dos términos comparados. A esto respondo que conocí el plan de los Estudios Generales apenas recién nacido y he vuelto a conocerlo ahora, cuando es ya casi un mozo.

Como resumen de mi estudio de la esencia de los actuales Estudios Generales (al menos en su proyecto) he visto que la integran dos grupos de notas constitutivas: el primero las notas que los afectan como parte integrante de la universidad, y el segundo, las notas que se derivan de su carácter propio y específico.

A los Estudios Generales, como una etapa de los estudios universitarios, les afecta la obligación de la **búsqueda de la verdad** y el **afianzamiento de los valores trascendentales del hombre**. Doy por bien servida la obligación de la búsqueda de la verdad, y dejo la consideración de la otra obligación (expresada en palabras tan grandilocuentes como fáciles de relegar al olvido): **Afianzamiento de los valores trascendentales del hombre**. ¡Ahí es nade! dejo, repito el comentario sobre esta obligación para otra parte más oportuna, mas no sin antes preguntar: ¿Cuántas horas de sueño nos han robado estas palabras? Y con todo, habremos de ver que los proyectistas no las escribie-

ron a humo de pajas, sin reflexión ni consideración alguna, sino con la clara conciencia de su valor y de su alcance.

La segunda obligación que pesa sobre los Estudios Generales como parte integrante de la Universidad es la de hacer suya la "función rectora en la educación, la cultura y la ciencia, y la de completar la **formación integral** iniciada en los anteriores ciclos educacionales". (Otra promesa grandota que cuesta poco formularla como dejar que el tiempo se encargue de ir borrando sus perfiles).

Anoten esos dos tremendos compromisos que obligan a los Estudios Generales, como una de las etapas de la carrera universitaria, porque abonarán mi tesis de que a los Estudios Generales no los han tomado en cuenta en lo más esencial y trascendente.

Como notas específicas de los Estudios Generales tomo de su misma definición las siguientes: "Los Estudios Generales son la primera fase de los estudios universitarios que tienden a favorecer el desarrollo de estructuras conceptuales de validez universal, de carácter formal, crítico e instrumental".

Es deber de todo estudio serio analizar uno a uno los términos de una definición. Cumplamos este importante y luminoso compromiso.

1. Primera fase de los estudios universitarios: He recibido la impresión de que flota en este ambiente una doble pretensión: una que quiere transformar esta primera fase en un sentido longitudinal o procesivo, a lo largo de toda la carrera, y otra que quiere respetar la organización piramidal o de etapas jerarquizadamente supuestas, en obediencia al esencial carácter propedéutico de los Estudios Generales. En principio me adhiero a la segunda posición, pero admito que, en ciertos matices, es atendible la exigencia primaria. Ustedes verán si al final de este ensayo, vale la pena entrar en estos pormenores, que tal vez a algunos les parezca que debieran llamarse "pormayores".

2. Primera fase de los estudios universitarios: Me importa medir la connotación de la palabra "estudio". Es, según la Academia, "el esfuerzo que pone el entendimiento aplicándose a conocer alguna cosa. Es el trabajo empleado en aprender y cultivar una ciencia". Cumple, pues, que desde ahora establezcamos una clara diferencia entre lo que es "estudio" y lo que suena a "taller", a oficina experimental de una ciencia o de un arte. Importa que deslindemos lo que tiene como fin propio la adquisición de conocimientos y lo que tiene como fin propio el adiestramiento de nuestras facultades para lograr con mayor facilidad sus respectivos fines. Aquí, no lo olvidemos, la palabra "estudios" tiene una meta: **la adquisición de conocimientos.**

3. Primera fase de los estudios universitarios: Considero la clara comprensión y alcance de esta palabra "universitarios" como la **clave** del arco de todas nuestras posteriores consideraciones.

Perdóneseme, pues, si soy algo prolijo al explicarme.

En la historia del nacimiento de las universidades hemos considerado una tercera etapa o tercer tiempo de su nacimiento, en el que la palabra **universidad** toma ya el carácter de una institución de orden académico. Y es que en este orden académico la palabra **universidad** se amarra, se vincula, se compromete con la **universalidad** de conocimientos, en un sentido, claro está, no omnicompreensivo, sino global e integral. Un conocimiento integral. **Integral.** Otro eslabón en esta cadena de conceptos. La integralidad del conocimiento se afinca, (¿quién lo diría?) en el concepto de **universo,**

término compuesto de otros dos: "unum", uno, y "versus", que significa "vuelto o convertido en". Luego la palabra "universo" viene a decir que lo disperso, lo inconexo, lo caótico se ha convertido en unidad, en sistema, en cosmos, que significando orden y belleza, se contrapone a desorden y caos. El caos, pues, de conocimientos aislados, dispersos, que constituía el saber al nacer las universidades, se transformó en cosmos, en orden, en sistema, en conocimiento integrado por la convergencia de los conocimientos aislados en un sistema regido por leyes y principios inalterables.

Integración y Universalidad: La insatisfacción de maestros y estudiantes por aquel pensum restringido, que los mantenía en el estudio de un "trivium" y un "quadrivium" cada día más insuficiente, los llevó a reclamar con creciente insistencia y energía, la inclusión en su pensum de todas las materias que en aquel tiempo constituían el acervo del saber humano. Desde entonces **universitario** lleva la connotación de un universo académico; una universidad que integra todos los sabores en un solo sistema.

Veán, pues, el doble compromiso del adjetivo **universitarios**, unido a la palabra **estudios**: el compromiso de la universalidad y el de la integración. Las universidades todas tenían una plataforma común: la de los Estudios Generales, en los que los estudiantes adquirían el valioso sello de **universitarios integrales**.

Sigamos con el obligado análisis de la definición.

4. Primera fase de los estudios universitarios que "tienden a favorecer el desarrollo de **estructuras conceptuales**". Reparemos ante todo en la palabra **estructuras**. Algo hay en mí que hace temer que existe una gran vaguedad en el manejo de este concepto. Baste observar el frecuentísimo empleo de esta palabra, sobre todo ahora en el período (¡ay, tan pesado!) de la propaganda electoral para adivinar la degradación y vaguedad de contornos de este concepto. Es que hay palabras que tienen vertientes o facetas muy variadas y no todas fáciles ni mucho menos evidentes.

De mi último trabajo de ascenso "Estructuralismo e Historia" presentaré dos de las muchas definiciones de estructura que allí aparecen; las dos que creo que son las que mejor dan en el blanco de su esencia.

Dice la primera: Estructura es la organización real, empírica y autónoma de los elementos de un cuerpo, de una institución, de una teoría. (De acuerdo con este último elemento: "teoría", veo muy bien empleado en esta definición el binomio **estructuras conceptuales**). Pero he aquí que en esta definición se nos ha metido de rondón otra palabra de obligada aclaración: **organización**. Esta palabra se explica por sí sola a propósito de la segunda definición de estructura que propongo: Estructura es la relación intrínseca entre las partes de un acto, relación por la que cada parte entra en dependencia y armonía funcional con las otras que constituyen el todo. **Organización**, por lo tanto, supone pluralidad de órganos con función específica cada uno de ellos y con la que colaboran a la pervivencia de un organismo superior. Analicen lo que hacemos cuando una espina se nos clava en un pie en un paseo por la playa ¿Cuántos órganos colaboran para aliviar el dolor que nos produce la intrusión de ese pequeño cuerpo extraño? Volvamos ahora a la definición que íbamos analizando por el término **estructuras conceptuales**.

Tomemos de nuevo la palabra estructura: lo que tiene de organización real de un

complejo de conocimientos que van a entrar en una relación intrínseca, es decir: en una relación en la que cada materia que se estudia va a presentar una por una su oficio de complementación a las otras. Así por ejemplo, la Filosofía entrará en relación íntima con la Física, con la Psicología, con las Matemáticas y hará esta función con el carácter difícil de integración (carácter éste que hemos prometido estudiar con la detención que se merece). Una estructura **empírica**, no abstracta y destinada a la mera contemplación, sino orientada a la práctica, de tal forma que dé consistencia y resistencia (que es el papel de toda estructura) al conjunto de nuestros saberes.

Una estructura **autónoma**. La autonomía es característica de toda estructura bien levantada. Los elementos soportantes y soportados de cualquier edificio se sostienen mutuamente contra la presión de las fuerzas exteriores. En cambio los elementos accesorios no pueden subsistir por sí solos, no tienen autonomía, tienen que resignarse a ser elementos complementarios de una estructura.

Una estructura de conocimientos, una integración íntima de saberes, lleva consigo la garantía de la seguridad, de la solidez, de la coherencia y de la fijeza en la memoria.

Ahora bien, si hacemos examen sobre el carácter estructural de nuestros conocimientos y vemos que son incoherentes y dispersos, que no los entraba relación alguna, entonces nuestros conocimientos adolecerán de inconsistencia y de inconsecuencialidad. Amontonaremos, en ese caso, hojas secas, fáciles a la dispersión al primer golpe de viento, por falta de vínculo coherente que da a un conjunto de saberes una sólida estructura.

5. Estructuras conceptuales: Es decir estructuras de ideas, de nociones universales que concibe el entendimiento. Aquí vuelvo a la connotación de la palabra **estudios**. En el estudio se asimilan y se elaboran conceptos; en el taller se adquieren destrezas y habilidades; en las materias del eje del pensamiento simbólico se agilizan las facultades y se perfecciona la transmisión del pensamiento; en las materias del pensamiento heurístico se nos prepara para no contentarnos con saber, sino para ampliar por nuestro propio esfuerzo la esfera de saberes, de los que habrá de beneficiarse la ciencia universal.

Yo guardo toda la consideración de que son dignos los tres ejes operacionales que figuran en el plan de los Estudios Generales y sobre todo las materias del eje del pensamiento crítico que encajan más directamente en el ámbito del desarrollo de estructuras conceptuales, pues mueven al estudiante a enfrentarse "a mapas cognoscitivos" y "valorativos" que le permitan una adecuada lectura de la realidad que facilite la solución de los problemas que ésta plantea. En torno a este eje se constituyen campos interdisciplinarios (aquí lo de la **relación**) dirigidos al estudio de problemas de índole socio-político-económico, técnico y los que se dirigen a la comprensión del hombre.

Este párrafo es, a mi juicio, el que constituye el segundo punto de máxima coincidencia con la esencia de los Estudios Generales históricos. Es el segundo punto de contacto más íntimo que encuentro entre los Estudios Generales históricos y los actuales. Lo que cabe preguntarse es si se ha disuelto este párrafo término a término, como venimos haciéndolo con la definición de los actuales Estudios Generales, y si,

como consecuencia, se han deducido las aclaraciones y conclusiones pertinentes.

6. Y vamos en el último elemento de la definición que tiene un punto que nos importa mucho comentar. Es éste: Estructuras conceptuales de validez universal.

¿Cuáles son esas estructuras adornadas de nota tan parecida como la validez universal? Traigo tantas que es para mí un problema establecer entre ellas la debida jerarquía. Pero bien se sabe que jerarquizar es valorar, dar precio, es establecer un orden de valores. Esta tarea, al ser eminentemente subjetiva, me ahorra el escrúpulo de si habré respetado o no la jerarquía que responde al personal criterio de cada quien, cosa, a priori, del todo imposible.

He aquí, pues, una lista de estructuras conceptuales con validez universal.

1) Las estructuras que constituyen en la enseñanza fundamental, el saber general previo al estudio de toda carrera especializada. Bien presente debe tenerse que los Estudios generales son el pórtico de la universidad, son su período de generalización, en el que se inicia al estudiante en el saber que habrá de capacitarlo para discurrir sobre las inquietudes fundamentales del hombre y sobre los problemas de interés universal.

Otro principio muy digno de tener siempre presente es el de que el valor de un conocimiento está en proporción directa con su universalidad. Es en este principio donde, en mi modesta opinión, radica la razón de ser de la vinculación del término "universitario", en el sentido académico, con el obligado carácter universal de sus conocimientos. Sobre el cimiento de ese conocimiento de trascendencia universal ya puede levantarse el edificio de la ciencia profesional.

¿Han sido estas exigencias de universalidad ponderadas hasta el presente en la medida necesaria? Temo que un somero y honesto examen levantaría la más decepcionante sorpresa. Y es que mal puede haberse llevado a la práctica un programa que sólo se anuncia en una o dos frases densas, pero a las que no se les ha distinguido con la atención más elemental. Si a esto se une que la Facultad Experimental de Ciencias se halla en un período de evaluación, una de cuyas consecuencias es la poda drástica de materias, ¿quién osa en estos momentos pedir un lugar para el estudio de estas estructuras conceptuales de valor universal? ¿Quién se atreve a implantar otra jerarquía de preferencias en los pensa de los Estudios Generales? ¿Qué hacer entonces? ¿Dejaremos seguir las cosas como están? ¿No arredra el temor de que se vaya ahondando la impresión tan poco satisfactoria de la experiencia de diez o más años de estos Estudios Generales?

2) Grupo segundo de estructuras conceptuales de validez universal: El constituido por las que garantizan el afianzamiento de los valores trascendentales del hombre, según reza el Estatuto fundacional de la Universidad. Valores trascendentales del hombre. Estudio y Comprensión del Hombre. ¿Qué valores merecen en este estudio el carácter de trascendental? ¿Se reconoce, ante todo, la trascendencia del hombre? ¿Se reconoce que el hombre traspasa los límites de la historia? ¿Puede el hombre, según este estudio, salir de sí mismo hacia un ser más? El hombre, dice Antonio Machado, es un paciente crónico de ansia de alteridad; le conturba una esencial disconformidad consigo mismo que lo incita a ser en un más allá otro ser distinto del que es.

¿Qué valores se afianzan en este estudio y qué otros valores se socavan? Estudio y Comprensión del Hombre. ¿Por qué me resulta imposible acallar mi temor de que

esta materia pueda ser comparada con el árbol paradisíaco de la **Ciencia del Bien y del Mal**? Permítaseme recordar esto: La libertad de cátedra lleva el contrapeso de la libertad académica. Si al profesor le asiste la libertad de cátedra, al discípulo (como a todo ser humano) le ampara la libertad académica. La primera tiene que ver con la libertad de expresión; la segunda, con la libertad de aceptación. Ninguna institución, ni la Iglesia, ni el partido político, ni el Estado totalitario puede obligarnos a aceptar una doctrina en la que no creemos.

Yo ruego a los profesores de esta materia que tengan el valor de recordar a sus discípulos la libertad académica que les asiste.

3) Otro grupo de estructuras conceptuales: las que constituyen el núcleo de conocimientos esenciales para cualquiera que pretenda afirmarse como ser humano, civilizado y universitario.

4) Un cuarto grupo también con validez universal: las estructuras conceptuales que resumen el saber del tiempo en que vivimos. Repito el verbo: resumen, engloban, abrevian; no bajan a la solución de los problemas de cada una de esas ciencias; se contentan con conocer su esencia, su alcance, su dificultad y la utilidad y trascendencia que reportará al mundo su definitiva solución.

5) Y otro muy importante: las estructuras conceptuales fluidas que nos hacen recorrer los cambios históricos por los que hemos llegado a ser lo que hoy somos, como hombres y como miembros de la sociedad de la que formamos parte.

6) Las estructuras conceptuales de validez universal no forman un saber enciclopédico, en lo que este adjetivo supone de inicial superficialidad. Por el contrario es un saber de los principios fundamentales de cada ciencia, de los temas candentes que hoy absorben su atención, de los horizontes que se abren ante cada una de ellas y de las dificultades con que se encuentran para cubrir esos horizontes.

7) Otro grupo de estructuras que presento también con un carácter negativo-positivo: un saber de tantas ciencias no ha de ser un agregado de elementos, sino un cuerpo de doctrinas obedientes al imperio de un **principio unitario** que induce a que estos elementos distintos entren a formar una unidad orgánica en la que cada uno de los componentes (como ya lo hemos explicado) tiene un cometido, una función específica al servicio de todo el sistema.

Me duele el tener que manifestar mi temor de que el concepto de **principio unitario** o fuerza aglutinante reclame más amplia explicación. Pronto encontraremos, con motivo del problema de la integración, problema el más difícil de este análisis, en la explicación de esos dos términos.

Llamemos a todos estos saberes estructurados la **educación superior** o **educación integral** que es la vocación auténtica de los Estudios Generales; pero prohibámonos llamarlos saberes de **cultura general**, pues detesto esta expresión que ha merecido el descrédito que hoy justamente padece, precisamente por no haberse madurado debidamente el concepto de **cultura**.

Acabamos de decir **educación superior** o **educación integral**. Esto nos lleva directamente al problema para mí el más arduo, que estoy obligado a plantear, a presentar mi modesta solución y, si ésta, como temo, no parece cumplida y satisfactoria, a reclamar con toda sinceridad la misma colaboración del lector para así, entre todos, lle-

gar a la trascendental e impostergable solución de este problema.

EL PROBLEMA DE LA INTEGRACION

La palabra integración es tan fácil de entender como difícil de practicar. **Integrar:** componer un todo con las partes que entre sí se relacionan. Es el problema más serio y de solución ineludible si hemos de ostentar con dignidad el título de universitarios. Se trata, en efecto, de cómo integrar todos nuestros saberes; de cómo, precisamente en una época de extremada especialización, establecer la necesaria armonía para lograr un saber estructurado y no un montón de granos de arena de saberes inconexos.

La lección de la integración nos la dieron los Estudios Generales de la Baja Edad Media. Animado por ese ejemplo he aconsejado mil veces este esfuerzo de integración; pero he de confesar que nunca se me había ocurrido acompañar el consejo con el método oportuno para lograr esa integración que es consustancial con el espíritu y sello propio del universitario. Y obsérvese por dónde, en un repaso obligado de las características del impresionismo en pintura, reparé por analogía en algo que fue para mí como una revelación: reparé en que existe también un impresionismo vital, cuya ponderación me vino como anillo al dedo para explicarme a un mismo tiempo el impresionismo científico, impresionismo que es la peste que diezma el número de los que merecen llevar mercedamente el título de universitarios que a todos nosotros nos obliga. Es universitario el que tiene un saber integral.

Sí, ya lo sé: tengo la firme convicción que con lo que acabo de decir no merezco que me llamen transparente. Voy a intentar serlo partiendo de la base del impresionismo pictórico, aunque ello me imponga un gran rodeo para llegar a la conclusión.

La aspiración del impresionismo pictórico, más que la fiel captación del tema escogido, es la captación del instante lumínico, es la captación de los efectos de la luz sobre un objeto y en un momento determinado. El pintor impresionista está penetrado de la convicción de que todo fenómeno es pasajero y único, es como una ola fugitiva del río en la que no podemos sumergirnos dos veces. Ya lo dijo Heráclito: nunca podemos bañarnos dos veces en el mismo caudal de un río. El mundo, dice también, está gobernado por el relámpago, por el instante de un relámpago.

Pues bien, el pintor impresionista tiene como un concepto heraclítico del mundo; tiene la idea de que la realidad no es un ser, sino un "volverse"; no es un estado sino un ocurrir. Al impresionista no le importa lo permanente, lo durable. Por eso todo cuadro impresionista es la expresión del efecto de un momento de luz sobre un objeto.

Por otro lado el impresionista descompone las superficies de color en manchas y puntos yuxtapuestos. Disuelve los colores en juegos de reflexiones de luz y de sombras iluminadas por efecto de esa misma reflexión. Insisto: a los impresionistas no les interesa tanto el tema como los tonos variables de ese mismo tema a distintas horas del día o en distintas épocas del año. Así se explican, por poner un ejemplo, los doce cuadros de Rusiñol sobre un mismo rincón de la Alhambra de Granada, tomado como tema pero a doce horas distintas del día.

En resumen: el impresionista no une, no integra; el impresionista separa, disgrega; nos roba la sensación de unidad que el pintor fija a la conjunción de elementos

que percibimos al tomar la debida distancia.

Estoy casi seguro de que el lector ya ha adivinado a dónde voy a parar al tomar como base de disgregación este ejemplo de la pintura impresionista. En el impresionismo literario el fenómeno es el mismo; el impresionismo literario, en sus efectos de disgregación, es el mismo que el impresionismo pictórico. En efecto, la literatura impresionista quiere hacernos ver que el valor de las cosas está en lo momentáneo y transitorio. Para los literatos impresionistas (Baudelaire, Verlaine, Rimbaud) el criterio de verdad está en el *hic et nunc*, en el aquí y el ahora de cada personal existencia. Si lo importante es el aquí y el ahora, deducid las trágicas consecuencias del brutal relativismo. Lo que prevalece, es el cambio, es el instante, es el estado de ánimo más que la vida en su totalidad.

Aquí estuvo, en esta mi reflexión sobre el impresionismo, la revelación de que existe también un impresionismo vital; una desintegración de nuestra propia existencia en una sucesión de momentos aislados. Y esto es, como se comprenderá mucho más trágico de lo que parece. El impresionista vital es un hombre para el que no cuenta ni el pasado ni el futuro; sólo cuenta el mero instante del presente. Los instantes son como puntos que se van organizando uno tras otro para formar la línea de la vida; pero al impresionista vital no le interesa la línea, sólo le importa el punto, el instante que en ese momento está viviendo. Nada le impresiona de lo que ha pasado ni nada le preocupa de la conducta que ha de seguir en el futuro. Para él no hay edad de oro que asignar al pasado como lo hacen los añoradores elegíacos, o al futuro como lo prefieren los progresistas. Lo que cuenta y vale es el presente.

Esto es, queridos amigos, ni más ni menos un hombre sin raíces, un hombre que anda siempre a la deriva. Vivir el momento, vivir para sí mismo sin contemplación alguna con el pasado ni compromiso alguno con el futuro. Al impresionista vital nada le afecta la continuidad histórica, la sensación de pertenecer a una sucesión de generaciones con un legado que le sugiere la línea que ha de seguir en el futuro. Eso no va con él. Lo que tiene sentido para él es sacar jugo al presente que le interesaría prolongar según el dictado de la copla: "Corazoncito mío, no te apures - que lo que a mí me gusta quiero que dure". La meta única del impresionista vital es ir sobreviviendo.

Pero que no presuman los nuevos impresionistas vitales de ser originales. Ya en este aspecto se les adelantó Horacio cuando en una de sus odas nos legó el lema escandaloso de su "Carpe Diem", atrapa el día, aprovecha los días floridos de tu juventud.

En resumen: a los impresionistas vitales les importa el momento, el análisis, no la síntesis que vendría a ser la integración de la vida en un eje centralizador. Poesía de estados de ánimo, vida de horas fugitivas; ¿no es poesía antiintegracionista, no es vía disgregadora como lo es también la pintura impresionista?

El impresionista vital se rebela, no puede aguantar la vida rutinaria y sistemática que atribuyen a los burgueses. Por eso el impresionista va mejor con la vida bohemia: vivir al día. Si todas las cosas, dicen, están en un fluir constante y si la vida nos apremia con su velocidad creciente, sólo hay una verdad: la del momento; sólo un placer: el juego de placer que podamos expresar de cada instante. Pero eso al impresionista vital todo se le vuelve episodio, todo lo ve como periferia de la vida, y ese modo de vivirla carece de centro, carece de cogollo.

¿Y cuál debe ser el centro de nuestra propia existencia? No será desacertado que apelemos a Ortega para encontrar oportuna respuesta a esta trascendental pregunta. La vida, nos dice, se nos da no ya hecha, sino por hacer. Esta es la faena de las faenas en la que cada uno de nosotros está comprometido. ¿Mas cómo cumplir este vital y supremo compromiso? Poco a poco, ya por influencia hogareña, más tarde por influencia escolar, luego por la inevitable influencia ambiental y, por último, por nuestras convicciones cada vez más personales y más firmes, nos hemos ido forjando un modelo de hombre sobre el que queremos calcar nuestra existencia. Un modelo de hombre, no de máquina. Un hombre dotado de unas facultades cuyo desarrollo constituye el programa trascendental de nuestra vida.

Tomado ya el modelo, surge esta pregunta: ¿En qué campo de la actividad humana encajarán mejor mis aptitudes para la copia en mí de ese modelo? Nuestra propia experiencia saldrá entonces a darnos la respuesta, inspirada tanto en nuestros propios errores como en nuestros aciertos. Nuestro pasado irá dictándonos las rutas que debemos seguir en el futuro. Pesados y contrapesados los pro y contras de cada una de las alternativas que nos aconseja la experiencia, nos decidimos al fin por una determinada profesión, por un oficio. Nuestra vida se va entonces polarizando, se va integrando en un programa, tal vez complejo, pero, al fin y al cabo, integrador.

Programa complejo, sí, porque el hombre no se agota en la mera profesión. La plenitud de desarrollo de todas mis facultades me invita a salir de la órbita estrecha de mi profesión para buscar en otras áreas el nutrimento necesario para desarrollar en toda su capacidad mi condición humana.

Ya tenemos solucionado el problema de la integración de la existencia. Ya tenemos resuelto el problema de la convergencia de todos nuestros actos y vivencias; ya tenemos unidos los eslabones de instantes que constituyen la cadena total de nuestra vida que, así integrada, cobra sentido y valor.

Primero cobra sentido, cobra razón de ser al dar una oportuna y lógica respuesta a la pregunta clave que unifica todos los actos de mi vida. Segundo, cobra valor porque, de esa manera la vida crece en densidad, aumenta, mejor dicho, su densidad y su peso; cobra unidad y carácter propio y definido, cobra consistencia y definición precisa, cobra el valor precioso y hoy tan solicitado de la identidad, el valor de ser yo mismo, categoría que nos hace merecedores de la mayor estima.

Obsérvese que largo rodeo hemos tenido que dar para llegar ahora al punto neu-rálgico y final de nuestro análisis: el de la integración de todos nuestros saberes por la que cobran valor de auténtico universo y, por ello nos valen el título de auténticos universitarios.

Espero que el salto ahora del impresionismo vital al impresionismo científico y a su oportuno y necesario remedio no habrá de suponer ya dificultad alguna.

Si la integración de la vida la hacíamos alrededor de un eje: la copia del modelo de hombre que nos hemos trazado, la integración de nuestros conocimientos viene determinada por una doble condición: la condición de hombre y la condición profesional.

La condición primera me dispara esta pregunta: ¿qué conocimientos me reclama este haz de facultades con el que vengo a realizarme en el mundo? Haz de facultades:

cada una con sus propias y adecuadas exigencias: las exigencias de la inteligencia, las de la voluntad, las del sentimiento, facultad ésta que está muy resentida porque la tenemos casi del todo olvidada. Haz de facultades: el hombre no puede ser un amputado, ha de ser integral. No puede ser, como dice Ortega, ese monstruo de enorme dolicocefalia, porque, sabe mucho de una cosa e ignora todas las demás.

Según eso, si estoy comprometido con el desarrollo equilibrado de todas mis facultades, a cada solicitación que sienta de cada una de las ramas infinitas del saber humano opondré con precaución esta pregunta: ¿En qué grado y en qué forma podrá colaborar este saber para copiar en mí el modelo de hombre que me he propuesto?

Esta selección no está reñida, no es contraria a nuestro deber de conocimiento **universal**. Ya hemos dicho que la universalidad no tiene un carácter omnicompreensivo sino global. Dejemos el conocimiento exhaustivo para cada una de las especialidades o carreras.

La universalidad que se nos exige no sufre detrimento porque nos neguemos al diletantismo curioso de todo, goloso de todos los saberes, sin aspirar al saboreo profundo de ninguno. La sabia ignorancia está aconsejada por algo que siempre olvida el ineficaz diletantismo: la limitación insalvable de nuestras facultades. La prudencia y el reconocimiento de nuestras limitaciones nos aconseja preferir una docta y admirativa ignorancia a un saber ficticio e inseguro.

El otro polo, el polo profesional, que con el polo "hombre" constituyen el eje al que deben enrollarse todas nuestras acciones, ejercerá su fuerza de atracción magnética y de integración de saberes si, antes de entregarme al esfuerzo que requiere todo estudio me hago la misma pregunta: ¿En qué grado y forma complementará este nuevo saber mi perfil profesional? Oída la respuesta, admitiré en el programa de mi realización como profesional la solicitud con la que tientan mi ambición tantos saberes. Así tenemos, pues, integrado todo el conocimiento en el eje hombre-profesional.

Los Estudios Generales cumplían esta misión propedéutica allá en la remota Edad Media. Si hoy no la cumplen los nuestros y no trabajamos por nuestra propia cuenta en la integración universitaria del saber, seremos impresionistas científicos, es decir, de conocimientos fraccionarios, dispersos, y, lo que es peor, insuficientes para desarrollarnos como hombres y como profesionales. No seremos **universitarios**. Seremos **pluriversitarios**.

Esta es la grave falla, la sustancial deficiencia que encuentro en los Estudios Generales de hoy frente a los Estudios Generales de ayer. Mucho me temo que no está procurando al estudiante el conocimiento universal integrado y al mismo tiempo nivelador, por el que tomará conciencia de las características constitutivas de cada ciencia, de sus horizontes actuales y de sus problemas. Sin este conocimiento no podrá justificar su título de universitario.

Temo que no flota en el ambiente la idea de estos objetivos reales (no sólo programáticos); que en los pensa no se busca la formación de un hombre integral, tanto en la orientación de su existencia como en el cultivo equilibrado de todas sus potencias.

Temo por último, que no se está trabajando en la tarea difícil, muy difícil, de la integración de los saberes alrededor del eje hombre-profesional.

Para terminar repito con toda sinceridad el testimonio de mi estima y merecida alabanza a todas las interesantes como necesarias disciplinas del Ciclo General, cuyo número, jerarquía y distribución nos traen en estos mismos días de cabeza.

Mi servicio a la tarea que reclama mi labor de proselitista de mi tesis ya está hecho. En un examen tan honesto como riguroso podréis responderme si el compromiso contraído por los Estudios Generales como parte de la Universidad y por su función específica ha merecido la obligada atención que se merece.